

# Los huesos de mi padre

*Hemos cerrado el pasado  
con gruesas lágrimas de acero*  
Javier Heraud

Serán éstos los 206 aristocráticos huesos de mi padre?  
Todos completos, con su maxilar inferior, su frontal,  
sus falangetas, su astrágalo,  
su vómer, sus clavículas?  
No se habrán confundido  
en la Fosa Común  
con los de un vagabundo  
de esos que abundan en las calles de Lima,  
y mueren sin un grito? Cómo voy a confiar  
en que sean éstos los huesos de mi querido padre,  
don Octavio, Tachito,  
si en la Fosa Común donde lo echaron  
puede ocurrirle cualquier cosa  
a los huesos de uno?  
Su hermano, tío Reynaldo había jurado  
encontrar a mi padre, y recorrió toda esta Lima a pie  
durante un año, para hallar a mi padre, el poeta,  
que se había perdido en la ciudad,  
como suele ocurrirles a los ancianos y a los locos.  
Todos los días salía, después del desayuno,  
a buscar al hermano mayor,  
a aquel poeta provinciano,  
talentoso, desgraciado y perdido  
por los barrios de Lima. Llevaba  
una vieja foto de mi padre, amarillenta,  
donde aparecía con su pelo ya blanco,  
sus ojillos brillantes de inteligencia, sus mejillas flácidas  
labradas por años de inútiles batallas  
contra lo que él llamaba su destino adverso  
cuando se hallaba de un ánimo blasfemo,

dispuesto a enrostrarle a un Dios  
en el que no creía,  
sus continuos fracasos.

La boca grande, elocuente.  
La frente alta y despejada. Con un terno marrón, creo,  
a rayitas. Esa imagen debió corresponder  
a una época feliz, tal vez la de Huaraz,  
cuando estábamos todos juntos, mi hermana  
mi madre y yo, mucho antes  
del divorcio.  
Reynaldo la mostraba  
a la gente, los interrogaba venciendo  
su enorme timidez: “¿Ha visto a este hombre?”  
indesmayablemente a pie,  
tío de a pie como un remoto soldado de una guerra perdida,  
raso, humilde, cumplido,  
indagando en los parques, en los hospitales,  
en las estaciones de autobús,  
en los mercados,  
pues quería encontrarlo,  
ésa era la misión que se había impuesto  
antes que la muerte se lo lleve.  
Pero la muerte se llevó primero a tío Reynaldo  
de un cáncer al estómago,  
sin saber que mi padre lo había precedido en el último  
rumbo,  
y no fue sino mucho más tarde que mi hermana  
al fin encontró a mi padre  
en una Fosa Común del cementerio de Miraflores  
donde sus huesos misteriosamente habían venido a dar

porque nadie había reclamado su cadáver.  
La muerte  
*que con callado pie todo lo iguala*  
lo había sorprendido en un asilo municipal  
donde llevan a los locos que vagan por las calles de Lima  
y había muerto, enloquecido y solo,  
él, Octavio, Tachito, el poeta, el hermano mayor  
*que había nacido en cuna de oro.*  
Siempre pensé que moriría rodeado  
como Maese Manrique  
de sus hijos, hermanos y criados  
reconciliado con su terco destino  
y cesaría la angustia  
la loca angustia que desorbitaba sus ojos  
porque no quería morir como un fracasado  
y su muerte le cerraría para siempre  
las puertas de La Gloria.  
No reposó un instante en vida  
acechando a la suerte en todos los caminos,  
en todos los concursos,  
esperando un cambio del destino  
un premio, algo definitivo  
que sacase su nombre del anonimato  
y le diese la paz. Ya no soñaba con el Premio Nobel,  
sino con la publicación de sus poemas  
que eran profundamente hermosos  
y cada día más bellos  
cuanto más desgraciada era su vida.  
Se sentía en deuda  
con nosotros sus hijos,  
y los recuerdos de nuestra infancia feliz lo atormentaban  
hasta hacerlo sangrar  
como un patriarca loco que ha perdido  
el paraíso inadvertidamente  
por una mala mano en el tresillo

un mal consejo, o una debilidad de temple  
inconfesable.  
Entonces quería estar solo, huía  
de la familia, se confundía  
en Lima entre los vagabundos, le aterraba  
y le atraía como un destino escrito  
la mendicidad al final del camino. No aceptaba  
el rol que todos querían para él:  
el del abuelo sabio y respetado  
que mora y aconseja en el hogar de su hija: prefirió  
seguir en la batalla hasta el final,  
irse a la calle  
esperando un milagro.  
Sus despojos  
fueron a dar a la Fosa Común  
hasta que el proceso  
de putrefacción termine, en cosa de tres años  
y sus huesos, mondos, nos fueron entregados  
en una caja de zapatos, con una etiqueta  
identificatoria.  
Ahora reposan en el Cementerio el Ángel  
en una de esas fúnebres bibliotecas de huesos  
a pocos bloques de donde mi madre duerme su sueño  
eterno.  
La muerte, piadosamente,  
ha acercado los huesos de dos seres que la vida separó,  
y sus nombres han vuelto a aproximarse  
en el silencio de este Camposanto  
como cuando se vieron por primera vez  
y se amaron.  
En ocasiones  
mi hermana y yo llevamos flores,  
a un sepulcro y el otro,  
y todavía sufrimos por su amor desgraciado,  
que sin embargo dio maravillosos frutos. —